Pájaro nocturno

Helen Dixon

♦♦♦

De un ordinario cuarto de baño, pintado como un mar imaginario de turquesa, emergiste: un negro pájaro nocturno temblaba en el refugio de tus manos. Había entrado por las persianas, y cayó en la pila de agua almacenada. Secamos sus alas empapadas, y lo liberamos en un cielo sin linde bajo una luna que lucía como cáliz de promesa.

Con el pasaje prolongado de la noche, encontramos una dispersión de plumas, revolvimos entre los dedos sus diminutos astiles de reflejos azules y negros, hablando del arco ceniciento de la aurora de aquel día de febrero, hablando de disparidades, del orden brutal de la guerra, de decisiones.

Y luego el aire se suavizaba, las gargantas se calentaban con el dulce licor de las horas, los alientos acercándose con remembranzas de poesía, la chispa en el vacío entre memoria y mañanas, tus labios aterrizando inesperadamente en los míos, las máscaras deslizando en aquel redescubrimiento de botones y capas hasta que tu desnudez rasara la mía por la luz baja de una lámpara, y la luna seguía subiendo.

Era como el juego joven de tiernos animales, una búsqueda revuelta con risas y silencios y callados suspiros, dos cuerpos murmurando más cerca cada vez de aquel pequeño refugio en la muerte, en un espiral de delirio y nacimiento, sumergiendo y emergiendo como nadadores en el flujo de un río sin mapa, hasta que al fin, tendidos en un entretejido de brazos y piernas, la humedad de dos pieles evaporándose, hasta que el claro cielo y el cansancio nos abandonaron en un sueño a la deriva...

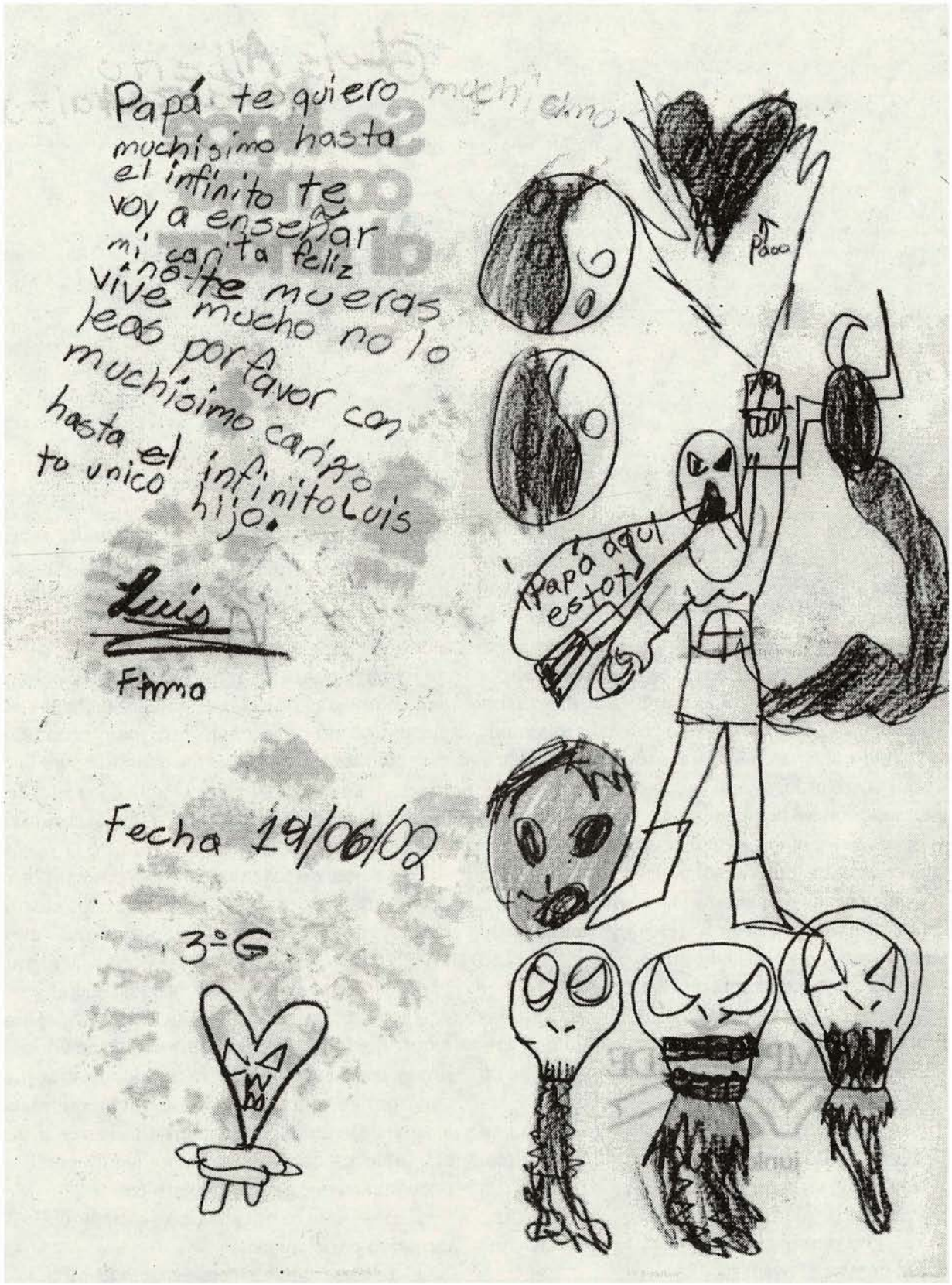
En la mañana emergiste del baño aguamarina: tu negro pelo mojado y desgreñado. Después de que te fuiste, desapareciendo en el recuerdo gris de la lluvia, encontré una menuda pluma, brillando su azul oscuro entre las almohadas. ♦

En el estribillo del agua

Ada Aurora Sánchez

♦♦♦

En el estribillo del agua un ojo de espuma salta. Desde abajo, desde siglos una cara ancha nos contempla. Nos llama. Musita líquidas plegarias, se expande en las olas brevísimas del río. Los ahogados infantiles—no los que se han ido, sino los que vienen—brotan del instante como libélulas. También ellos nos llaman. Acuático es el miedo que amanece, un sargazo que se adhiere a la mirada y nos hace ciegos claros frente a los árboles y el viento. Un segundo más y ese rumor acaudalado nos llevará como perros entre el monte para buscar una presa. Lo que no se dijo será un puñal en la entrepierna. Las horas pálidas, de espera, vendrán a zumbarnos en los oídos y un algo innombrable, lejanísimo, abrirá hoyo grande en nuestros cuerpos. Si tenemos suerte, alcanzaremos a comprender que no es recomendable mirar en soledad un río. ♦



Luis Alberto Mendoza Araiza, 8 años.